



Ciclo de conferencias: 2014-2015
“Europa: Raíces, Identidad y Misión”

Para un renacer de Europa

Anselmo Álvarez Navarrete OSB

Me voy a referir fundamentalmente a la intencionalidad del proyecto, a la vista de la realidad europea en el campo del humanismo, de la espiritualidad, del pensamiento, de la moral, en contraste con su pasado, no, todavía, a la forma operativa de abordar la preparación de ese renacimiento, tarea harto complicada, en la que también la Iglesia quiere implicarse a partir de San Juan Pablo II y Benedicto XVI. Por con siguiente: algo aplicable al conjunto de la sociedad humana, pero referido particularmente a la nuestra –europea-, especialmente afectada por esta deserción.

Hablamos de renacimiento cuando nos referimos a algo que está en fase de postración o de extinción.

Si aquello a lo que aplicamos esta estimación es lo que denominamos Europa, es que consideramos que la realidad viviente que un tiempo fue esta entidad histórica hoy se encuentra gravemente enferma o en situación de ocaso, o de decadencia final. Aunque esta puede ser una estimación controvertida: son conocidas tantas opiniones exultantes sobre su vitalidad, pese a algunas crisis circunstanciales, que siempre se consideran de crecimiento.

Se conocen los avances triunfantes de la libertad, la democracia, el bienestar, la ciencia, el progreso, etc., todo lo cual ha culminado en la Comunidad Europea y en todos los proyectos históricos, económicos, sociales que tenemos a la vista.

Sin embargo, la impresión de quienes conocen la realidad parece bastante distinta. Europa necesita ser reanimada en todas sus fibras, reverdecida y reforzada en todos sus gérmenes. De hecho su aspecto es el que contempló Ezequiel en aquella extensión de huesos calcinados, a los que, con el aliento recibido de Dios, devolvió los nervios y los ligamentos entumecidos, hasta que aquellos cuerpos recuperaron la vitalidad y la fuerza extinguidas.



Lo que los europeos necesitamos es una renovada efusión de ese espíritu de Dios que, al mismo tiempo, renueve la faz total de la tierra. El mundo y el hombre expiran porque sobre ellos no sopla el aliento de Dios. El hombre nació de ese soplo, y vive en él o se extingue cuando él mismo lo apaga. El hombre no puede exiliar a Dios del mundo, ni esconderse de Él, como pretendió Adán y como venimos pretendiendo nosotros, pero sí puede perder sus huellas y así desorientarse hasta el extravío total.

Sólo la predilección por el pueblo elegido impidió que éste confundiera en el desierto los caminos que debían llevarle a la tierra prometida. Y tal vez una cierta predilección renovada hacia el pueblo de Europa, en el que especialmente se ha renovado la promesa, es el que le permite no haber perdido todavía todos los vestigios de los itinerarios que conducen a Cristo y a Dios.

Con ellos habremos de recomponer los dilemas que nos asedian y las ruinas que nos envuelven. Desde hace tiempo sabemos que “no se nos ha dado otro Nombre en el que podamos ser salvados (Hch 4, 12)”. Europa necesita reconstruir todas sus estructuras humanas, culturales y morales. Cuando, en un contexto como el nuestro, se habla de ese renacimiento de Europa, es su dimensión humana la que ocupa el plano central. Todas las demás factores confluyen en esa realidad primordial, porque la cultura, la sociedad, la historia es el hombre.

Pero sin Dios este hombre es una vaciedad; sus obras, por grandes que parezcan, carecen de peso y de futuro; pasan con él. No sólo se pierde su memoria sino que esas obras han resultado estériles para el auténtico proyecto humano: el que Dios desplegó para él en la historia.

La idea de Dios acerca del hombre sobrepasa todas las ideas que éste tiene acerca de sí. El hombre se mira en su propio espejo y considera que su estatura es la adecuada a sus aspiraciones. Sin embargo, sobrepasa incalculablemente esa medida. El hombre nació en la eternidad de Dios, puesto que eternamente había estado en su mente (Pr 8, 23), y con Él sobrevive en la eternidad: “sus obras les acompañan” (Ap 14, 13) más allá del tiempo presente.

En la teología del NT se habla del hombre terreno y del hombre celestial: los dos habitan en el mismo sujeto porque son dos dimensiones de la misma y única persona. Cristo fue Dios y hombre al mismo tiempo, y quiere que el hombre sea a la vez materia y espíritu, historia y trascendencia.



Por consiguiente, nada de espiritualismo desencarnado ni de materialismo platónico, sino la realidad que quedó expresada en el axioma que probablemente contiene la síntesis más espléndida de lo que es el espíritu humano: ora et labora: ora y adora, mientras levantas, con la inteligencia y la actividad de tus manos, la ciudad del hombre.

El hombre está llamado a realizarse en armonía con su naturaleza terrena y espiritual, con la condición humana y la imagen divina que lo constituyen por designio del Creador. Es el mensaje de la Revelación. Esa fue durante siglos la convicción del espíritu humano en occidente, la que le impulsó a elevar hasta el cielo las torres de sus iglesias, y le permitió armonizar la visión trascendente y a la vez inmanente de la existencia.

Pero esto sólo podrá volver a ocurrir si retoma los pasos de quien es el Camino y la Verdad, todavía latentes en el subsuelo de nuestra historia, a pesar del esfuerzo inaudito por borrar esas huellas. Sólo bajo su señorío será posible recuperar la fuerza originaria de los conceptos fundantes del humanismo: hombre y persona, conciencia y razón, verdad y libertad, amor y virtud.

Algunos de estos conceptos han sido abolidos, otros siguen siendo utilizados incluso de manera masiva, pero profundamente alterados en su verdadero significado. Como el de la libertad, que ha dedicado su máximo esfuerzo a desmarcarse de Dios y a intentar desmentirlo: la existencia, la Palabra, la Ley que se ha atribuido habrían sido supuestos sin consistencia, pretensión arbitraria, cuando no culpable, contra el hombre. A lo que se ha añadido el esfuerzo correspondiente para justificar este alegato.

La primera necesidad es devolver al hombre la posibilidad de que se contemple de nuevo en Dios en lugar de hacerlo en sí mismo. El hombre no tiene imagen ni realidad fuera de Dios. Porque no tiene ser fuera de Él. Ni tiene otra impronta, ni otro modo de ser, que los que emanan de Él y han sido impresos en él. Su modo de ser sustancial nace con él, porque en cada ser va inscrito, de acuerdo con la previsión de Dios, lo común y lo particular de cada sujeto.

De este hombre y de este ser dijo Dios, con un acento extasiado, al contemplarlo, ya concluida su formación, que era muy bueno. Porque era su efigie. Dios quiere recuperarla para el hombre. El motivo de la Encarnación y de la Redención fue la reposición de esa imagen, que es la del Logos Viviente, la del Hijo propio de Dios, hecho también Hijo del Hombre, cuya semejanza fue depositada en la criatura humana, a la que se entregaba al mismo tiempo el protagonismo de la historia.

Protagonismo perdido por el hombre y que pasa de nuevo a quien es su depositario y actor original: el Verbo de Dios. No sabemos si para entregarlo nuevamente al hombre renovado según su imagen original, cuando esta acción se lleve a cabo –sería interesante que nos preguntáramos si no es algo que ya esté tal vez en vías de ejecución.



Por eso, recomendación de ‘atención a los signos de los tiempos’ (cf Mt 16, 3; Luc 12, 56... + el que tenga oídos, el que tenga ojos...: con sabiduría divina, no humana, o bien para permanecer para siempre bajo su potestad, aunque a ella asocie a su hermano el hombre. En realidad esa asociación se había producido ya cuando Dios entregó la tierra al hombre para que la dominase con el trabajo y la inteligencia.

En todo caso, Cristo está en el centro. Él es Alma y Espíritu de la Historia, su Verbo y Logos primordiales, en los que la Razón humana alimenta su sabiduría fundamental. Él es inspiración e impulso de la historia. Soporte primordial y piedra angular de Europa y del mundo. Él es el Principio y Fin de la Historia. Todo ha sido creado por Él y para Él, y únicamente subsiste en Él.

Sólo Él tiene palabras de Vida y de Verdad eternas. Palabras que son siempre antiguas, eternas, nuevas. La palabra de Dios conserva la misma actualidad de Dios, es contemporánea de Él, indefectible con Él. Al contrario que el hombre de nuestro tiempo, que agota vertiginosamente las ideas, tanto por la voracidad de lo nuevo, como por su decrepitud acelerada.

A pesar de lo cual, lo nuevo es recibido como expresión de un progreso indiscutible, por lo que su cuestionamiento carece de sentido y utilidad. Además está justificado en cuanto producto que es de la racionalidad y libertad del hombre. Aparece como un impulso espontáneo, ineluctable, seguro, que debe ser ciegamente seguido porque carece de alternativa. Es una fuerza impelente, surgida de la energía y de la sabiduría imparable del hombre. Algo que debe ser aplicado a todas las creaciones culturales de nuestro tiempo.

Ello mismo hace tanto más urgente reponer a Cristo y al hombre en su lugar (...). El hombre y la historia sólo alcanzan su verdadera estatura cuando se nutren de la savia divina de la que han nacido y que funda la identidad del ser humano. Lo cual implica cambiar la “figura de este mundo” y de esta humanidad –expresión de la Escritura-cultivada por la Europa moderna y que ha desfigurado al mundo y al hombre, “dándole a beber un vino de vértigo” (sal 59, 2), que le ha hecho perder la conciencia de la realidad.

Será preciso sacar a Cristo de las catacumbas, liberarlo del sepulcro y devolverle a la plaza pública y al interior de los corazones, a fin de que en el mundo vuelva a resonar la Palabra originaria que “estaba en Dios... y mediante la cual todo llegó a existir” (Jn 1, 1-2), de manera que los corazones humanos recuperen su frescura primitiva.

Nosotros repetimos convenientemente con toda la tradición bíblica y cristiana: Cristo es “la piedra que desecharon los arquitectos pero que se ha convertido en la piedra angular” de toda realidad humana (sal 118, 23; cf Mt 21, 42). Toda la construcción humana, así como todas las que moldean el marco del hombre, se apoyan en Él.



Este Cristo es la tierra del hombre; el humus del que se alimenta y en el que se desarrolla. 'Cristo es la vida'; "En él estaba la vida" (Jn 1, 4)), reitera la Escritura. Vive en Él y en armonía con Él o borra su humanidad. Es Cristo el que hace al hombre verdadero, como Él, Cristo, es Dios verdadero. Toda la verdad del hombre la recibe de su inserción en el que es el Hombre original. De Él toma toda su realidad humana, y Él la eleva hasta el confín de lo divino: "seréis como dioses" porque, desde el origen, en él se depositó la 'imagen y la semejanza divina'. Nadie ha borrado esta imagen, que constituye su primera y decisiva entidad, la que le configura en su dimensión humana esencial.

El hombre ha sido vinculado a Dios desde el principio de una manera casi sustancial, por adopción, dice la Escritura: por Él habéis obtenido vuestra plenitud" (Col 2, 9). Cristo señala la dimensión del hombre y la llena. Cristo no es solo la culminación sino la plenitud total de la historia. Él es el Hombre consumado. Él ha depositado en la historia los proyectos que configuran su significado, así como las afirmaciones esenciales sobre cuanto concierne al orden humano. Nadie las ha sustituido, aunque tantas veces han quedado sepultadas bajo otros seudoevanglios.

Toda la creación está llamada a crecer a la sombra de Cristo, injertada en Él. Todo lo humano nace y crece en la savia de Cristo; tanto lo individual como lo colectivo e histórico. La obra del hombre está llamada a llevar ese mismo sello: el que, con todas las deficiencias humanas, llevó Europa. El que habrá de imprimir de nuevo sobre su espíritu, porque Cristo no ha renunciado a germinar de nuevo en esta tierra, de la que ha sido arrancada su memoria pero no sus raíces.

Tal es la reflexión que suscita una ojeada sobre nuestra historia moderna, en la que la Ilustración y las ideologías inspiradas en ella han borrado ese recuerdo de Dios y han desfigurado sustancialmente la del hombre. La historia humana y espiritual de Europa quedó desnaturalizada, dentro de un proceso que profundiza sucesivamente este alejamiento.

A pesar de algunos logros innegables, las 'luces' podrían considerarse como el empeño más oscurantista que ha conocido el hombre europeo. Dicho metafóricamente, con ellas se pretendió oscurecer el Sol (Dios), abolir la Verdad, anular la Belleza y la Perfección más alta que ha aparecido en la historia. Dios ha sido discutido y negado, y ha sido corrompido todo lo que lleva su nombre y su huella. La histeria anticristiana de la Ilustración y de sus prolongaciones actuales, han sido el mayor disparate contra el hombre, de consecuencias parecidas a las del pecado original: separar al hombre de Dios.

Aunque Dios sólo fuera una hipótesis, ésta habría sido la idea más grandiosa surgida en la mente del hombre, superior a cualquier otra ideología aparecida en el curso del tiempo, superior desde luego a cualquiera de las surgidas en el post-renacimiento.



Un indicio de esa exasperación anticristiana es seguramente el resentimiento de todos los que han planteado esas alternativas anticristianas ante la magnificencia de la oferta de Dios al hombre o ante lo inigualable de Dios mismo.

Con el cristianismo el hombre ha entrado en otra esfera, sin dejar la suya; ha recibido una sobre-naturaleza, una sobre-humanidad que empiezan por potenciar al máximo el componente humano.

La antropología cristiana se funda sobre una realidad que la razón desconoce y a la que contradice. Lo que no acepta de ellas la razón es la revolución que introducen en la historia. La rivalidad de la razón contra fe la y contra el hombre que la abraza es antirrevolucionaria, puesto que con ella se niega a sobrepasar el escenario primigenio del hombre. Pero la revolución en la que el hombre ha penetrado es la que afirma que la razón ha sido absorbida en el Verbo, aunque permanezca intacta, es decir, la que sostiene que el hombre ha sido divinizado.

En el cristianismo se unen la razón y el Logos divino. La razón es sólo una chispa del Verbo. No hay entre ellos contradicción sino superación ilimitada conducida por Éste. Así el hombre se ve posibilitado para emprender esta ascensión gracias a las “alas de águila” que recibe: “os he llevado como sobre alas de águila” (Ex 19, 4). Es una plenitud insospechada, un horizonte no imaginado, para los que necesita una estatura nueva. Por eso, la antropología cristiana es la más radical de cuantas se han formulado, a partir de la nueva totalidad del hombre, no sólo la de la razón o la experiencia.

Aunque ciertamente muchas de estas realidades pueden quedar inéditas por la pereza o el orgullo del hombre. Ha sido él el que ha quitado la palabra a Dios y se la ha dado a sí mismo, y habla en sustitución de Dios, como si la razón desde la que habla fuera el nuevo Verbo. Cuando ellos dicen ‘razón’ la están divinizando. Su razón racionalista habla un lenguaje distinto al del Verbo, pero pretende que posea la misma verdad y poder, el que les viene del otro ‘padre de las luces’ (cf 2Cor 11, 14), Lucifer. Sin embargo, en este logos humano, sustituto del Verbo de Dios, no hay ningún salto adelante, ninguna osadía por parte del hombre que afirma su racionalidad. Porque se detiene en este primer nivel, mientras que al hombre se le ha entregado la “escala de Jacob” para ascender y descender, para transitar desde el suelo al empíreo. No se le invita a que abdique de la razón, sino a que la haga fructificar al ciento por uno.

Esta riqueza de racionalidad presente en el Logos divino es un estímulo a que la razón se trascienda a sí misma por los espacios de una “tierra y unos cielos nuevos” (2Pe 3, 13), en los que la Razón no se encuentra perdida en tierra extraña, como tampoco se pierde el espíritu del hombre cuando penetra en las vastas profundidades de su interioridad. Son precisamente los santos, los místicos, los contemplativos y orantes los que desarrollan una actividad profundamente racional, en colaboración con los instrumentos de la inteligencia, el pensamiento, el juicio, la reflexión, etc.



Y son ellos los que avistan, gracias a la interconexión de esos factores con la fe y la gracia del Verbo, las profundidades y las cumbres del hombre. De hecho, ambas son la misma realidad.

Una de las palabras mágicas de la modernidad ha sido precisamente la de 'revolución'. Toda la modernidad responde a este concepto que expresa la determinación de transformar lo que desde el Renacimiento y la Reforma se llamó la Europa 'gótica', es decir: bárbara (catedrales góticas <godos>: bárbaras, frente al clasicismo que volvía a imponerse en la arquitectura. Se trata del primer romanticismo? (Obsérvese que los 'tiempos modernos' parecen haber necesitado, para inspirarse, un retroceso de siglos: en arte, el clasicismo griego y romano; en filosofía, la razón de los griegos, en religión la vuelta, por la Reforma, a San Pablo, considerado el intérprete por excelencia del cristianismo.

Revolución: con el cambio artístico, y sobre todo religioso y filosófico se aspiraba a cambiar al hombre, a transformar la 'conciencia del hombre, como se dice ahora, del hombre profundo, fundamentalmente su cultura, que expresa los conceptos básicos por los que se rige la existencia privada y colectiva. Pero la experiencia ha mostrado hasta qué punto los cambios revolucionarios, practicados en los campos ideológicos, políticos o sociales, inciden sobre su piel pero mucho menos sobre el organismo interno de la sociedad. Tras el cambio en la superficie, los hombres pueden haber quedado intocados: preparados para repetir las mismas situaciones. La mayor parte de ellos no son buenos revolucionarios porque no son buenos racionalistas.

Y sin embargo, hay una revolución que es la única a la que espera un futuro. Una revolución que se inició con la historia humana, que ha sido una y otra vez frustrada y de nuevo retomada, y sin la cual el hombre sería finalmente una decepción. Hoy es inevitable la sensación de que ese fracaso ha alcanzado con nosotros su cota máxima. Pero por debajo de esta apariencia, la realidad inicial permanece intacta y será de nuevo manifestada, con o sin la colaboración del hombre porque la última palabra es siempre de Dios. Suya fue también la primera, cuando en el barro original fue introducido, por su mandato, el espíritu, el alma, y se proclamó la semejanza del hombre con Dios.

Este acto fundador del hombre por Dios podría considerarse de alguna manera un gesto cargado de sentido revolucionario, porque lo propio de las actuaciones radicales es la creación y la innovación: la emergencia de algo nuevo. El hombre es de hecho lo más radicalmente nuevo que ha hecho aparición en la historia, no sólo por carecer de precedente, sino debido a la presencia en él de esa novedad, -su dimensión espiritual y trascendente-, que se mantiene invariablemente presente, invariablemente antigua y nueva. Su condición humana está vinculada, de manera inseparable, a esa dotación con la que fue introducido por Dios en el mundo y en la historia, de manera que la renuncia a caminar según el espíritu, de acuerdo con la idea paulina, no altera este rasgo definidor, aunque debilite una parte esencial de la experiencia humana



El cambio auténticamente liberador será aquel por el que el hombre vuelva a reconocerse habitado por el espíritu, y no sólo por la carne. Aquel en el que el hombre reasuma lo espiritual, y por tanto la totalidad e integridad de su ser. Se trata de que el hombre vuelva a descubrirse en su unidad y diversidad, y la asuma como su verdadera identidad. Entonces podrá entrar en acción el verdadero sujeto de la historia y llevar a cabo una obra histórica que sea auténticamente humana.

Se trata de encontrar nuestras huellas perdidas, de escuchar la voz que le sigue preguntando, como el día en que eligió mirar y caminar en otra dirección: “Adán, dónde estás?” (Gn 3, 9). ¿Dónde has extraviado tu ascendencia divina, tu naturaleza egregia, la raza real a la que perteneces? De hecho perdimos la conciencia espiritual y la memoria de Dios. Pero ellos son constitutivos de nuestra naturaleza y de nuestra herencia. Ellos son nuestro bien por excelencia. Porque en ellos se ha originado cuanto el mundo, y particularmente nosotros, los europeos, hemos conocido de libertad y de amor, de justicia y verdad, por cuya conquista hemos luchado, neciamente, al margen de Dios o contra Dios.

¿Quién ha sembrado en la historia una realidad tan provocadora? Todo lo que contiene una promesa de Verdad o de Bondad tiene detrás el nombre y el dinamismo de Dios, condicionado únicamente por nuestra Libertad, de la que Él mismo es la fuente. Es en ésta donde se encuentra nuestra plenitud, “según la plenitud total de Dios” (Ef 3, 20?).

¿Alguien ha mostrado una alternativa creíble a esta visión del hombre, revestido de una naturaleza al mismo tiempo carnal y espiritual, humano y próximo a Dios? Por eso, dejar a Dios fuera de Europa es declararla en ruinas: todos sabemos que Él ha sido su verdadera constitución interna. Por eso, su exclusión no es el fin de la historia de Dios, sino el de Europa, sostenida hoy únicamente sobre los escombros ideológicos de la modernidad. Lo que está en crisis, aunque tantas veces se afirme otra cosa, no es Dios, sino el hombre, precisamente porque ha entrado en conflicto con Dios. Nuestros desatinos no ponen en contingencia a Dios, sino a quienes los prodigamos. Sigue siendo cierto lo que, unos diez siglos antes de Cristo, escribía el autor del salmo segundo: “¿por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean un fracaso? (Sal 2, 1).

De hecho, la determinación de bloquear la evolución del hombre hacia los horizontes abiertos en el proyecto del Creador al dotarle de la dimensión espiritual y de la imagen divina, debe considerarse como una violación sustancial de la condición humana en lugar de un avance hacia la liberación pretendida. El plan ofrecido por Dios es la apuesta más radical, confrontada con cualquier otra de las que han entrado en competencia con ella. Esa propuesta es la primera y la última, absoluta. Es la oferta sin alternativa, constitutiva del designio sobre el hombre, explicitada en la revelación, ejemplarizada en Cristo, transmitida por el Evangelio y por la Iglesia.



Esta visión del hombre es la que ha orientado el proyecto de Europa desde su nacimiento hasta los tiempos modernos. Pero hoy debemos repetir con el profeta Isaías: “hace tiempo que somos los que Tú no gobiernas; los que no llevamos Tu Nombre” (Is 63, 19). El espíritu del hombre europeo se ha sumergido en un profundo letargo cuando creía haber alcanzado la máxima conciencia de sí, y ni ve, ni siente ni percibe esa insensibilidad.

Porque ocurre que en la medida en que nos distanciamos de Dios nos alejamos del sentido común: de la verdad, de la norma, de la realidad. Buscamos sin Luz, sin Verdad, sin Sabiduría, porque no buscamos ni la luz, ni la sabiduría ni la verdad, sino los sucedáneos imaginados por nosotros. El hombre no posee nada cuando se ha desposeído del espíritu. Con él pertenece al Reino y a la Vida de Dios; sin él no se pertenece ni a sí mismo

Pero eso, esta situación no puede mantenerse indefinidamente, ni por parte de Dios ni del hombre: Dios debe velar por su obra, y el hombre corre el riesgo de su desintegración. Los valores y las verdades fundamentales son inalterables, y sólo en ellas se apoya la estabilidad del orden humano. Por eso, la humanidad, en conjunto, debe pasar por una verdadera resurrección previa a la de los muertos, porque el espíritu del hombre está colapsado. Cuando esto sucede las restantes actividades y signos de vida son anecdóticos.

Es lo que sucede con la idea de progreso. El ideal del progreso quedó bloqueado, aunque en alguno de sus campos, como la ciencia y la técnica, ha conocido logros espectaculares. Pero no hemos crecido ni progresado si, como Zaqueo, no hemos alcanzado la estatura para ver a Cristo. El único dinamismo histórico que importa es el que promueve el crecimiento cualitativo del hombre. El hombre ha entrado en la historia con un horizonte a la vez mundano y sobrehumano: “sed perfectos al igual que vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). Renunciar a ese horizonte equivale a desistir del significado básico de lo humano y de su potencial creativo más poderoso, precisamente el que deriva de ese sello divino.

Ese horizonte final es descrito en el Libro de Apocalipsis con palabras simbólicas pero de una expresividad singular: “A ambos lados del río crecía el árbol de la vida; da doce cosechas, una cada mes del año, y las hojas del árbol sirven de medicina a las naciones. Allí ya no habrá nada maldito. En la ciudad estará el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le prestarán servicio, y lo verán cara a cara. Ya no habrá más noche” Ap 22. Texto con el que se cierra la Biblia y se abre la Vida –eterna-.



Lo que hoy sabemos acerca de la historia moderna de Europa es que no ha estado al servicio del hombre, ni de la libertad, de la razón o de la verdad, sino del antagonista del hombre y de Cristo, del padre de la mentira y de la confusión. Esa historia se ha escrito contra Cristo, y en la misma medida contra el hombre y contra Europa. Mientras no se rectifique esta tendencia, Europa seguirá profundizando su marasmo.

Es la Europa que “ha preferido las tinieblas a la luz” (Jn 13, 19). El programa de las ‘luces’ se centró en oscurecer el SOL. Por nuestra parte, hemos de intentar devolverle su esplendor. Por eso, como Job (38, 19), agobiado por el desconcierto que le envolvía, nosotros debemos preguntar de nuevo: “¿por dónde se va a la morada de la Luz?”(Job 38, 19).

Valle de los Caídos, 26 de octubre de 2014



forosanbenitoeuropa.es